

Suprema Corte dos Estados Unidos para limpar sua imagem, mesmo sendo pressionado pelo Partido Republicano para evitar maiores tumultos. Mas Barry manteve o processo até obter a vitória. Tudo é documentado no livro.

Pure Goldwater também registra a grande amizade de Barry com John McCain, que ocuparia sua vaga para o senado de Arizona após sua aposentadoria. Nos capítulos finais, os autores publicam uma série de cartas escritas por Goldwater sobre eventos internacionais. A parte final do livro traz uma série de homenagens ao político Goldwater e finaliza com uma frase da aparição mais marcante de Goldwater: quando perguntado em um programa da *Cable News Network* (CNN) como que Goldwater queria ser lembrado, o político respondeu: “Um homem honesto que tentou fazer tudo que era possível”.

Judt, Tony, *Algo va mal*. Taurus, Madrid, 2011, 220 pp.

Por Pedro de los Santos López
(Universidad de Cádiz)

En la actualidad, tras el declive sufrido por la socialdemocracia durante las 3 últimas décadas, ésta parece hallarse perdida frente a la hegemonía del pensamiento liberal de última generación, que está minando progresivamente las bases de los Estados del Bienestar. Y es que estas teorías han conseguido inducir en las mentalidades la idea del mal uso de lo público, su ineficacia y alto coste, para sustituirlo por un nuevo culto a lo privado, que debe fundamentarse sobre la no interferencia gubernamental en el libre discurrir de la economía. A ello además se suma la presencia del ideal post-moderno de individualidad, que sustrae, o cuanto menos merma, la cohesión ciudadana para defender la necesidad de una política destinada a mejorar la sociedad en general y proteger a sus miembros más desfavorecidos. Ante esta situación, Tony Judt realiza en la presente obra una fuerte defensa de la socialdemocracia y pone de relieve las propias incoherencias, tanto teóricas como prácticas, de las políticas que impulsan la primacía del sector privado.

De hecho, *Algo va mal*, obra póstuma, puede considerarse, junto al libro autobiográfico *El Refugio de la Memoria*, también editado por Taurus, como uno de los últimos legados que su autor, fallecido en 2010 tras una rápida y grave enfermedad, ha querido dejar a la sociedad. Para

el presente caso, Judt, Catedrático de Historia en la Universidad de Nueva York, hace uso de sus extensos conocimientos de la socialdemocracia surgida tras la II G.M. y su desarrollo histórico, un sistema político que conoce a la perfección pues lo ha defendido en múltiples trabajos como una alternativa de izquierdas anti autoritaria; además, ha hecho varias publicaciones sobre el contexto de la postguerra europea. Igualmente esta publicación nos ofrece tanto breves aportaciones teóricas, ya sean políticas, sociales, o económicas, o procedan de escuelas de influencia liberal o marxista, junto a contundentes datos sobre el progresivo perjuicio al que se ha visto sometido la mayoría de la población desde el auge de las teorías neo liberales. Porque, en primer lugar, “el estilo materialista y egoísta de la vida contemporánea no es inherente a la condición humana”; además, el hecho de describir a los hombres y mujeres como seres de elección racional en base a criterios puramente económicos constituye una simpleza, una especie de determinismo económico que obvia la presencia de elementos externos tan importantes como los condicionantes y preferencias culturales y/o personales, las metas colectivas o el altruismo.

De hecho, este modelo económico parecía relegado a la historia tras haber quedado demostrado en los años de entreguerras que los capitalistas eran incapaces tanto de defender sus propios intereses, como los de la población. Por ello surgió la necesidad de que el Estado tomara un activo papel en el sector económico y en la redistribución de la riqueza, dando forma a un sistema que primara la movilidad social por medio de la educación. Para la mayor parte de la población la eliminación de los extremos de ricos y pobres era vista como un beneficio para todos, puesto que “cuanto más igualitaria es una sociedad, más confianza reina en ella”. Servicios como la educación, la asistencia sanitaria, o la disposición colectiva de infraestructuras se convirtieron en ejes de la actuación de los gobiernos socialdemócratas, los que combinaban una política híbrida entre un socialismo que asegurara el bienestar de la población y la necesidad de vivir y trabajar en un mundo capitalista. A ello se sumó la llegada a la administración de expertos provenientes de las clases medias y formados en las regeneradas instituciones educativas. Por otro lado, en contraposición con la percepción que hoy en día se tiene, los altos pero progresivos impuestos no se estimaban como un ataque hacia los individuos, y, aunque el mercado tenía un

importante rol, “los mecanismos de compensación internacionales, los controles de divisas, las regulaciones salariales y los precios límite indicativos” se veían como una necesidad para paliar las deficiencias del capitalismo.

Sin embargo, “en los últimos años nos hemos acostumbrado a la afirmación de que el precio pagado por esos beneficios (sociales) – en ineficiencia económica, insuficiente innovación, asfixia del espíritu empresarial, deuda pública y pérdida de la iniciativa privada- era demasiado alto”. Este hecho tiene su origen en la década de los 70, cuando al Estado “responsable” se le consideraba incapaz de atender las necesidades y deseos de los individuos; este hecho, no obstante, tuvo sus fuentes en ambos polos del espectro ideológico. La izquierda sufrió la disminución del peso del proletariado industrial, su tradicional base social, y las nuevas generaciones eran muy diferentes, pues frente al colectivismo estatal ésta reclamó la primacía del derecho de cada persona a su libertad y preferencias individuales, factor que debía ser institucionalizado. De esta manera el discurso sobre la *identidad* llenó el espacio público, politizando con ello lo que antiguamente quedaba restringido al ámbito privado. Para Judt, aunque estas reivindicaciones eran perfectamente legítimas, minaron el ideal de un interés común, y puede decirse que aunque esta defensa de las libertades individuales contra las rigideces de los sistemas públicos fuera lo que movilizó a estas nuevas generaciones, “irónicamente, esta misma distinción es lo que también definía a la nueva derecha que estaba surgiendo”.

La derecha ideológica y conservadora necesitó de una revolución intelectual para volver a ganar terreno en la escena política, apoyada por el estancamiento del enorme avance económico de décadas anteriores, con el consiguiente aumento del desempleo y de los ingresos impositivos. Pero, para volver a impulsar la desregulación económica como medio para solventar la falta de ganancia de las empresas, y por tanto su retraimiento de la inversión y creación de trabajo, se procedió a defender un nuevo ideal, gracias a autores como von Mises, Hayek, Popper o Shumpeter, que quedó reflejado en la famosa frase de Margaret Thatcher: “La sociedad no existe, solo hay individuos y familias”. Por tanto si el problema era el gobierno y no hay una sociedad, en consecuencia el Estado debe quedar limitado a favorecer, con la mínima actuación posible, el

libre ejercer de las personas. De hecho, un pilar principal era la insistencia en los peligros totalitarios que acarrearía un Estado central fuerte, aunque, pese al culto al sector privado iniciado, Judt nos recuerda que en realidad la reducción estatal no se ha producido, puesto que “nunca (se) dudó en reforzar los instrumentos represivos y de recogida de información del gobierno central”.

Pero en este auge de las privatizaciones se ha de estimar que, en muchos casos, las empresas afectas no eran interesantes económicamente para la inversión privada, por lo que se presentaron con grandes descuentos (y comisiones). Ejemplos de ello son servicios fundamentales, y no orientados a la obtención de beneficios, ni orientables a ello si su funcionamiento se restringiera a cumplir su asistencia a las personas de una forma óptima, como el ferrocarril, los transportes públicos o la sanidad. Con esta estrategia se defendió el paraguas gubernamental para evitar pérdidas en las nuevas empresas, creando un nuevo tipo de “economía mixta”: “una empresa privada apoyada indefinidamente por fondos públicos”. Además, a estos servicios esenciales se suman otros como los aeropuertos o las compañías eléctricas, en cuya gestión los propietarios pueden tomar riesgos y obviar su responsabilidad, malgastar los fondos o emplearlos de manera indebida, a sabiendas de que los gobiernos, en caso de quiebra, no pueden permitir su caída. Para los hijos de la clase socialdemócrata fundadora, que no había vivido la situación en que surgió, los servicios sociales, de los que pagaban sus impuestos, pasaron a percibirse como solo favorables para los muy pobres.

El auge conservador-liberal cogió a la izquierda de influencia marxista descoordinada, algo agravado tras 1989, momento en que perdió un vocabulario y unos principios doctrinales arraigados. El ideal de la irremediable llegada del futuro socialista perdió en ese momento su valor, y las doctrinas que habían dado soporte ideológico por más de un siglo parecieron desaparecer. Frente a ello, el conservadurismo preservó un discurso anclado en la Historia, algo que le permitía moverse más allá del mundo exclusivamente político. El derrumbe del autoritarismo oriental, y la aceptación común del discurso democrático hicieron que la socialdemocracia no tuviera nada distintivo que ofrecer. A esa pérdida se sumó el de otro sector tradicionalmente crítico, el intelectual, que fue

orientando sus críticas y exposiciones especialmente a temáticas éticas, lo que ha “dejado los debates sobre la forma en que debemos gobernarnos en manos de especialistas y think-tanks, en los que rara vez tienen cabida opiniones no convencionales y el público queda prácticamente excluido”.

Finalmente, en una reseña sobre una obra póstuma como esta, hecha con un gran esfuerzo personal en medio de una grave enfermedad, las conclusiones deben ser tomadas de las propias palabras de su autor. Para el futuro Tony Judt nos deja una obra clara y concisa sobre el desarrollo histórico de un sistema, el socialdemócrata, que proporcionó grandes beneficios a las poblaciones; nos alerta, y contra argumenta, las razones que mermaron al mismo, y nos lanza más de un mensaje: “debemos recuperar la confianza en nuestro instinto”, se ha de luchar contra el escepticismo político, tenemos que dejar claro la diferencia entre derechos y justicia, así como es fundamental volver a introducir la conciencia ciudadana. Lo contrario, permitir el desmoronamiento de nuestro sistema social y con ello “abandonar los esfuerzos de un siglo es traicionar a aquellos que vivieron antes que nosotros y a las generaciones venideras”.

Ortiz Heras, Manuel, González, Damián A. (coords.), *De la cruzada al desenganche: la Iglesia española entre el franquismo y la transición*. Madrid, Silex, 2011, 315 pp.

Por Romina De Carli
(Universidad Pública de Navarra)

No deja de ser un gran mérito, para los coordinadores del libro que aquí se reseña, el haber logrado que la recopilación de las intervenciones del VII Seminario de Estudio del Franquismo y la Transición, celebrado en Albacete entre febrero y marzo de 2011, saliera a luz a finales de ese mismo año. Sin embargo, otro –no menos importante– es el haber armonizado el conjunto de ponencias de tal manera que el lector no sólo pueda moverse en el eje cronológico del franquismo a la transición, sino también enfocar e tema de presencia y acción socio-política de la Iglesia católica en España en toda su complejidad. El libro se divide en tres grandes apartados: los primeros cinco capítulos enfocan las relaciones Estado-Iglesia-Sociedad desde una perspectiva nacional; los tres siguientes abarcan el tema del papel que jugó la Iglesia catalana, gallega y vasca en la

oposición al franquismo; y los últimos tres son un estudio de historia local, ocupándose de la acción socio-política en la provincia de Albacete.

Al elegir como tesis de fondo «la constatación de que esta institución [*la Iglesia católica*] no solo había sido colaboradora con el régimen franquista resultante de la guerra civil sino que había llegado a ser parte de él mismo al conseguir controlar aspectos tan relevantes de su poder como la educación, parcelas de ministerios muy destacados –como Justicia o Exteriores– y, tal vez lo más importante, el control de la tradición y de la vida cotidiana» (p. 11), no extraña que el primer capítulo (*Iglesia de la cruzada. La elaboración del mito de la cruzada*, de Ángel Luis López Villaverde) trate de comprobar los fundamentos de este apoyo incondicionado de la Iglesia a la dictadura de Franco. La hipótesis que aquí se plantea es demostrar cómo «la crítica al Estado católico se fue abriendo camino desde los movimientos de base y un sector del clero joven» (p. 22) contribuyendo a la transición eclesial y a la refutación de un mito que en 1936 había servido a los militares rebeldes tanto para justificar –de cara al exterior– el golpe de Estado como, sobre todo, para cohesionar la opinión pública interna a favor de la solución autoritaria. Por eso intenta poner de manifiesto los tres puntos débiles de aquel mito: la posición de la Santa Sede; la posición de un sector de la sociedad y la posición de la opinión pública de los demás católicos europeos, a los que –según destaca correctamente López Villaverde– fue dirigida la carta pastoral colectiva de 1937. Por otro lado, no olvida mencionar sus contradicciones y paradojas: como podrían ser, «el silencio cómplice de la jerarquía ante el asesinato y encarcelamiento de los clérigos vascos» (p. 34) o la ausencia de una denuncia contra la desacralización del espacio religioso para fines bélicos por parte de los propios nacionales. El fin de la guerra y la subida al solio pontificio de Pío XII representaron lo que el autor llama «el momento de la venganza» (p. 36): el poder clerical de controlar de manera totalitaria tanto los vencidos como los vencedores. Poder que hasta 1941 planteó serios problemas a la Iglesia en lo referente a sus relaciones con Falange. Habría sido, por lo tanto, para proponer una tercera opción entre «religión civil republicana» y «religión política fascista» por lo que se habría impuesto la «religión politizada nacionalcatólica» (p. 43). Tras considerar la historia de la guerra civil de Arrarás como el